

RESEÑA

CARLOS MARICHAL, *El nacimiento de la banca en América Latina. Finanzas y política en el siglo XIX*, Ciudad de México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2021, 508 págs.

El libro que reseñamos representa un nuevo trabajo del profesor Carlos Marichal sobre la historia financiera en América Latina. El subtítulo de este volumen nos indica su énfasis: la relación entre finanzas y política en el nacimiento del sistema bancario. El problema tiene que ver con la economía política del origen y desarrollo del sistema financiero en la región. Este enfoque reconoce que la actividad económica y financiera, así como las propuestas de política pública en estos ámbitos, se llevan a cabo en un contexto político-institucional determinado que no puede ser ignorado. Ello implica estudiar los incentivos y las restricciones que surgen para todos los actores, ya sean políticos, empresarios u hombres de negocios, a partir de la institucionalidad política. Para el historiador económico considerar este factor adicional es, por supuesto, una exigencia extra; como lo explica Marichal, en términos económicos ello es equivalente a combinar “una mirada ‘macro’ con un análisis ‘micro’” (p. 32). Desde otro punto de vista esto implica seguir un enfoque interdisciplinario.

El profesor Marichal propone examinar estos problemas a partir de casos de estudio, enfatizando un enfoque comparativo. En su análisis presenta el estado de la cuestión sobre estos temas, considerando tanto las contribuciones más clásicas como los aportes más recientes en historia económica y empresarial relacionados a los problemas monetarios y financieros en distintos países de la región, incluyendo varios trabajos propios. La metodología comparativa pretende buscar tanto patrones comunes como diferencias a partir del análisis de casos de estudio potencialmente análogos.

Como punto de partida de su estudio, que es también una motivación de este trabajo, el autor se pregunta por el escaso interés y atención en la historia financiera en América Latina. Esta es una buena pregunta que puede tener que ver, como se señala en el texto, con las dificultades metodológicas de trabajos de este tipo, o también con una displicencia más específica en estos temas. Como sea, concordamos con Marichal en que un estudio de este tipo abre posibilidades valiosas en el sentido de complementar las miradas existentes en la literatura, tanto en historia económica como en economía, sobre el proceso de desarrollo de largo plazo en la región. Una historia económica narrada alrededor de la historia financiera, una dimensión muy importante de la vida económica de una nación, constituye un ejercicio muy interesante.

En el capítulo 1, al examinar los orígenes coloniales del sistema financiero en América Latina, Carlos Marichal se apoya en estudios recientes que cuestionan la idea de un

atraso institucional en estas materias en la región. Los antecedentes presentados sobre las operaciones crediticias de comerciantes en Lima desde el siglo XVII, con amplias redes a lo largo del Pacífico e incluso en el Caribe, son reveladores. Los instrumentos y redes financieras que más tarde crearían comerciantes de México también son evidencia de un desarrollo muy importante. Una pregunta relevante, en todo caso, es hasta qué punto es posible hablar aquí de un “mercado” crediticio, y el autor se detiene en algún detalle en este asunto. En efecto, en este periodo el contexto institucional para la interacción de oferentes y demandantes de crédito presenta características especiales. Las regulaciones coloniales y los privilegios en las administraciones locales, con grupos como los Consulados de Comerciantes y la posición de la Iglesia respecto de la usura, representan restricciones al funcionamiento de un mercado libre. Pero el desarrollo de la sociedad comercial, y algunas características del funcionamiento del sistema monetario colonial, como la falta de moneda menuda, llevaron a la evolución de sistemas de crédito bastante avanzados y complejos, donde la misma Iglesia se constituyó en muchos países en un actor importante. Si bien esto es evidencia de una robustez de las instituciones de mercado, las características bastante poco competitivas de estos mercados son notorias y están directamente relacionadas al carácter altamente estratificado de las sociedades coloniales.

En los capítulos siguientes se estudian los efectos en América Latina de las independencias nacionales y el paso a las soberanías monetarias nacionales entre 1820 y 1850 (capítulo 2), y el “despegue” de la banca en la región entre 1850 y 1873 (capítulo 3). Estos apartados ofrecen una mirada fascinante a la vida económica de distintos países de la región en el periodo posindependencia y hasta mediados de la década de 1870 a partir de la historia financiera.

En el capítulo 2 la narrativa está asociada a un cambio en el entramado comercial en la región, donde aparece un nuevo foco en Gran Bretaña, destacando el rol de las casas comerciales británicas y el uso de las letras de cambio (en general sobre Londres). En este contexto, el desmoronamiento de la unión monetaria hispanoamericana basada en el antiguo peso fuerte y los esfuerzos por construir monedas locales lo más parecidas a la ya desaparecida, se suma a la inestabilidad política y la fragilidad fiscal en América Latina en la era posindependencia. Esto, además, donde las guerras de la Corona española de fines del siglo XVIII y, más tarde, las guerras de independencia habían llevado a la corona a solicitar créditos forzosos que debilitaron seriamente los mercados crediticios en la región.

Los esfuerzos en materia de innovación bancaria eran, en este entorno, “una empresa quiijotesca” (p. 122), lo que se contrasta con la experiencia contemporánea de los Estados Unidos. Este es un contrapunto del cual hay que hacerse cargo. Al considerar posibles explicaciones para estas diferencias, Carlos Marichal argumenta que es importante reparar en el debilitamiento del sistema colonial y la inestabilidad política posindependencia en la región, que hacían de cualquier nuevo emprendimiento en el área financiera una actividad altamente riesgosa. Como sea, si bien en estos años hubo algunos avan-

ces, el mercado del crédito siguió siendo incompleto. Y el desorden era una oportunidad propicia para los especuladores. En una cita que bien pudiese aplicarse a otros países de la región, un comerciante mejicano escribía a su socio en 1839:

“Es importante que juzguéis a este país como el mejor para un comerciante que desee hacer grandes negocios y pequeñas fortunas según los riesgos [...] ¿Qué sería de nosotros si hubiera un gobierno bien establecido que nadara en dinero? No nos quedaría otro recurso sino finiquitar nuestras cuentas y convertirnos en agricultores o hipotecar nuestro capital, como las monjas y los frailes, para vivir vegetando de las rentas.” (p. 154)

En la segunda parte del capítulo 2 se detallan algunas experiencias concretas en términos de proyectos bancarios. Brasil contó con el primer banco oficial de la región (1808-1829), y también fue precursor en el establecimiento de una red de cajas de ahorros que, como escribe Carlos Marichal, “logró atraer como depositantes de ahorros a esclavos, menores y mujeres, ‘con el permiso de sus respectivos señores, padres y maridos’” (p. 197)¹. En Argentina, por otra parte, el Banco de Descuentos de Buenos Aires, fundado en 1822, es un caso avanzado en la emisión de dinero fiduciario en la región. La historia del Banco de Avío de Méjico (1830-1840) es otra experiencia interesante. Pero estas iniciativas no se consolidaron y ninguna sentó las bases de desarrollos posteriores en estas áreas.

En el capítulo 3 se examina con detención el despegue del sistema financiero en Brasil, Argentina, Uruguay y Cuba en las décadas de 1850-1860, y los avances algo más tardíos en México. De acuerdo con los antecedentes del autor, entre 1850 y 1873 se fundaron más de noventa bancos comerciales e hipotecarios en la región (siendo esta última, la historia de los bancos hipotecarios, una historia que se cuenta casi al pasar). El desarrollo del comercio exterior y los nuevos tipos de organización empresarial llevan a una demanda por distintos tipos de instrumentos financieros. Las reformas liberales de esta época, en particular en términos del fortalecimiento de los derechos de propiedad y de las normas de los códigos civiles y comerciales, facilitaron estos avances. Un tema que cruza esta discusión es la relación causa-efecto entre el desarrollo financiero y el desarrollo económico. Esto se conecta con la discusión sobre la “tardanza” en la creación de un mercado financiero en América Latina y el desarrollo retrasado de la región. Pero esta es una cuestión que en verdad es muy compleja y, con razón, el autor es cuidadoso en sus conclusiones.

Desde sus inicios, las prácticas de los nuevos bancos se confunden con las actividades de las casas comerciales, que operaban a la par de los bancos, y con otros mecanismos de crédito que persistieron en ciudades más pequeñas en distintos países. Es interesante que en algunos países los mercaderes, a través de sus casas comerciales, fueron los principales promotores de la actividad bancaria; esto estaba relacionado a su

¹ La cita alude a un trabajo de Luiz Fernando Saraiva y Thiago Alvarenga sobre la Caixa Econômica de Río de Janeiro.

conocimiento del mercado que podían explotar provechosamente. Marichal agrega que la posibilidad de realizar créditos cruzados a sus otros negocios era un incentivo adicional en este sentido (p. 221). Como sea, con el desarrollo del sistema bancario se observa una mayor circulación del dinero, y una extensión del crédito (y tasas de interés más bajas), aunque en términos comparativos en la región el desarrollo sigue siendo mucho menor que en Estados Unidos e incluso no está claro si en esta época se puede hablar de un “sistema bancario” en la región. La heterogeneidad de las condiciones de mercado dentro de cada país apunta en la misma línea.

En este punto aparecen diferencias en la forma en que se organizó el sistema financiero en distintos países. En Brasil y Argentina, éste se organizó a través de privilegios de emisión. Estas experiencias se analizan en el capítulo 3 y se contrastan, en el capítulo 4, con los casos de Chile y Colombia, que representan experiencias de un sistema de “banca libre” que tuvo su apogeo en las eras de predominio liberal en estos países en las décadas de 1860 y 1870. Ello da lugar a una discusión respecto de los debates intelectuales que se dieron a lo largo de la región respecto a los modelos que se consideraban más apropiados para el desarrollo de la actividad financiera. Estos debates y la referencia en ellos a experiencias extranjeras son comunes en distintos países. A este respecto Marichal escribe, como conclusión bastante decepcionante para un estudio que busca destacar el enfoque comparativo, que “El desenlace –en cada caso nacional– fue consecuencia de una compleja combinación de factores ideológicos, políticos, empresariales y económicos que asumió características propias, dependiendo del país y la coyuntura” (p. 358). Pero esta conclusión no nos debe llevar a menoscabar la importancia de estudiar rigurosamente la relación entre banca y política (como ha hecho el propio autor). Un punto en especial importante de anotar tiene que ver con la relación del sistema financiero con las necesidades de la hacienda pública en distintos momentos. Es en este sentido que considerar la diferencia entre los modelos teóricos en materia de sistemas financieros y las políticas adoptadas en cada país también es relevante al evaluar el funcionamiento de las distintas experiencias: el caso de Chile es muy ilustrativo.

Por último, en el capítulo 5 se analizan las primeras crisis bancarias en la región entre 1857 y 1878. Esto va acompañado de un proceso de auges y colapsos (“*boom and bust*”) en los mercados financieros, en línea con las descripciones de Charles Kindleberger (y con lo que hemos visto en algunas de las crisis financieras modernas). El foco en las crisis bancarias lleva a preguntarse por su origen. Esto está relacionado en parte a una potencial fragilidad intrínseca de distintos tipos de sistemas financieros y a los sistemas regulatorios existentes en cada país, esto es, a factores internos. Una vez más, la política tiene un rol clave aquí como han explicado Charles Calomiris y Stephen Haber. Pero también hay causas externas, es decir, crisis internacionales, y ello lleva a preguntarse por los mecanismos de transmisión en juego: los mecanismos a considerar aquí incluyen el congelamiento del crédito para el comercio exterior y una caída de la demanda por productos exportables. Este es un patrón común en la región. Pero también hay lo que Carlos Marichal llama “crisis combinadas”, con una serie de factores

conjuntos, incluyendo en especial factores fiscales que agravan la situación financiera local. Aquí se analizan las crisis de 1857 en Brasil y Cuba, otra en 1864 en Brasil, y la crisis internacional de 1873, el “primer” gran trance global, y sus repercusiones en Chile, Argentina y Perú. El caso de Perú es, por cierto, un ejemplo interesante en materia del funcionamiento de la banca libre que por alguna razón no se analizó en el capítulo 4. Respecto de esta discusión, si bien las narrativas nacionales están bien reseñadas no se puede dejar de comentar algunas afirmaciones que parecen aventuradas, como por ejemplo el argumento de que en Chile la crisis de 1878 “empujó a las elites gubernamentales a buscar nuevas salidas a la recesión. Entre las opciones, la más atractiva resultó ser la puesta en marcha de la maquinaria de guerra con objeto de apropiarse de las abundantes tierras salitreras del norte en el desierto de Atacama...” (p. 405).

El libro cierra con una síntesis de los distintos capítulos y algunas conclusiones generales. Y el trabajo incluye una página web de referencia que sirve de complemento al libro: <https://hbancaria.org/>. En este punto el autor reconoce que el estudio del desarrollo y funcionamiento de los mercados financieros en América Latina sigue exhibiendo temas y preguntas abiertas. De ahí una invitación a continuar profundizando en un examen de la historia bancaria y financiera en la región. No podemos si no estar de acuerdo con su llamado a avanzar a través de microhistorias e historias empresariales, a través del trabajo de archivos, y también con su exhortación a seguir desarrollando trabajos cuantitativos en estas materias.

Un tema que subyace la discusión del presente trabajo es la relación entre el desarrollo financiero en América Latina y el crecimiento económico de la región en el siglo XIX. Esto se relaciona con la agenda de la llamada “nueva economía institucional”. Pero no está claro que la audiencia esperada de este libro vaya por ese lado. Esta es una introducción a la historia financiera en América Latina, un libro para lectores no especialistas que encontrarán una narrativa (y datos y estadísticas) que les permitirán conocer los principales temas y debates sobre la historia financiera de la región. A su vez, el estudio también ofrece una perspectiva particular sobre el relativamente lento despegue del capitalismo en la región. En esta línea este es un libro interesante que vale la pena leer.

JUAN PABLO COUYOUMDJIAN
Universidad del Desarrollo